Vengo del arroyo largo que por entre los gamonitos, la tierra llana, las encinas viejas y aquel sincero silencio, corre como si no corriera, pero corre y lleva aguas tan limpias que parecen viento y al pasar, talla sus charcos, abre sus cascadas y canta sus melodías sólo para la soledad de los barrancos y, un poco más, para las ruinas de aquella hermosa casa mía, que un día también desmoronaron, decían, para ennoblecer a la tierra y darle, el equilibrio adecuado.

Y por esa buena llanura que además es gran palacio de serranos añejos y cansados, he visto que los de los nuevos tiempos, de espaldas a lo que fuimos nosotros y sin respeto a nuestro pasado, han llegado y han montando un mundo completo de casas, sendas con asfalto, rellanos para que aparquen los coches y antenas y cables y negros tubos de plástico y al preguntarles, me han dicho:
- Los que por aquí ahora vienen, son personas de mucho dinero y estos son los que a nosotros hoy nos están salvando.
Y por decir algo he dicho:
- Pero en estas tierras calladas y llenas de hierbas frescas, al borde del arroyo cristalino, nosotros estuvimos en aquellos tiempos y sembrábamos tomates, patatas y pimientos y guardábamos ovejas y por las noches, junto al fuego del cortijo nuestro, acurrucados, dormíamos.

Y ellos me han respondido:
- ¿Bueno y qué?
Y he dicho sin querer decirlo:
- Pues que por pertenecer al pasado y aquella gente tan buena, es sagrado y ya que nosotros fuimos por aquí tan machacados y sufrimos tanto labrando la tierra para sacar de ella el pan con nuestro sudor y trabajo, ahora debería ser sólo para que el silencio duerma y para que sigan corriendo limpias las aguas de los arroyos y, si lo quiere, Dios por ellas caminando.

Y me han respondido que yo estoy chalado y que ni siquiera sé lo que me digo o pienso y, además, me han dicho que las huellas del aquel pasado, sin nosotros, son el filón más grande, el tesoro más valorado y el anzuelo más apetitoso para atraer a los turistas y sacarles dinero y de paso, ofrecerles la cultura nuestra, para así irlos cultivando.

*** Anoche soñé que por fin volvía al terreno y al llegar al cortijo, casa y nido de los míos en aquellos tiempos, lo primero que vi fueron las ruinas de sus paredes, sus tejas rotas y esparcidas por el suelo, sus vigas podridas y, donde estuvo la estancia que fue mi cuna en las crudas noches de aquellos inviernos, creciendo las zarzas y los lentiscos y las cornicabras y entre las gigantes nogueras, creciendo los pinos y, la fuente que daba aguas tan limpias, sólo charcos de puro cieno.**

Pero en mi corazón, yo anoche estaba contento porque lo que tanto de siempre he querido, en el fondo lo estaba viviendo y era volver otra vez a pisar la tierra que tan mía y sangre, llevo dentro y por esto, recorrí la senda, pisé la tierra del collado y junto al otro limpio venero de la vieja encina, me senté y mudo miré al cerro y en mi alma me dije: "¡Dios mío, qué bien, que por fin he vuelto!".

Y al instante desperté y como tantas veces, descubrí que era sueño lo que ante mis ojos y mi alma, tenía y entonces me dije: "Dios mío, todavía sigo preso y lo que creí era por fin la libertad, una vez más descubro que es puro sueño".

Anoche soñé
que era otra vez libre y dueño

del rincón donde nací
y jugué mis dulces juegos,
pero cuando desperté,
aun seguía, en mi cárcel preso.

---

* Llovió sin parar toda la noche y como a lo largo de los tres últimos días, tampoco había parado la lluvia, cuando amaneció aquella mañana, la tierra tenía tanta agua, que sudaba a chorros por cualquier rincón.

Y por esto, cuando el padre se levantó, buscó leña, prendió fuego a las piñas y ramas secas, cogió la silla pequeña y frente a la lumbre, se sentó. Puso las trébedes encima de las ascuas y la sartén en lo alto y paciente, comenzó a dorar las migas buenas.

Y como afuera, por el barranco inmenso de las encinas viejas y las laderas de los romeros, la lluvia seguía cayendo, a la mañana que llegaba, se le veía cuajada de niebla densa y oscura un poco en su centro. Y al cortijo humilde, aunque bello y recogido en sí, parado en el corazón de la profunda sierra y dentro, ellos acurrucados alrededor del fuego y en la eterna espera.

* Iba ya cayendo el día y grandioso y mudo, avanza el gran camino viejo que cruza la tierra amada primero, de la llanura menor y luego, de la hondonada, el arroyo, la espesura cuajada de encinas y las piedras blancas.

Y con el gran día que ya se apaga, voy yo pisando la tierra, mudo y hasta con mi carga de la manta vieja, el colchón de pobre lana, la pelliza y la barja y, mientras camino hacia la meta y me pierdo en la hondonada, para mí me voy diciendo: “Dios mío, que en cuanto llegue, encuentre trabajo y si no tengo casa, regálame una cueva entre la hierba verde y si pan no dan, déjame que duerma junto al agua que mana del gran venero de la cañada”.

Y voy en mi paso lento, con mi carga, mi dolor por dentro y la soledad de la tierra y avanzo con mi amargo pensamiento endulzado sólo con lo que sueño, cuando ya cae la noche y la senda no se acaba ni me encuentro con los amigos ni tengo trabajo ni cueva ni casa.

Y mientras paro al borde del camino y miro a las estrellas, me digo: “Dios mío, otra vez solo y sin comida ni trabajo, ni casa ni tierra ni los míos”. Y oigo que me respondes: “Todavía tienes una manta vieja, un colchón de lana, tu soledad y el amor con que a la tierra amas y yo a tu lado dándote la fuerza”. Y te digo:

“Pero Dios mío,
tan desnudo frente al camino
y esta espera larga,
qué duro y con la noche
y tanta ausencia amarga”.

* La madre decía: “En la vida de las personas, a veces, hay experiencias y sensaciones que resultan más dulces y reales en sueños que despiertos”. Y la madre, como en tantas cosas, tenía razón y ahora que ha pasado el tiempo, lo descubro y, con nostalgia, recuerdo.

Por la curva que traza la senda donde cruza el arroyuelo, iba yo aquella mañana con la hermana de la mano. Caía el sol, estaba quieto el viento y de la hierba verde y el bosque de los romeros, manaba un perfume tan fino que se hacía camino hacia el azul del limpio cielo.

E íbamos los dos charlando de cosas intrascendentes, pero hondamente inmersos en nuestro juego, cuando al coronar el morrete que cae desde el peñasco negro, se nos aparecen las cabras. La manada que viene del barranco de los huertos y al encontrarnos frente, ellas y nosotros, se quedan y nos quedamos quietos y todos mirando a ver qué pasaba o qué se hacía en ese momento.

Y al instante, sentimos como se paró un poco el sol, se puso más en calma el viento, se llenó de curiosidad la corriente del río, las ramas de los fresnos dejaron de moverse y la hierba en la ladera, exhaló como un bostezo y ellas y nosotros, allí sobre la tierra y con la mañana por centro.

Y recuerdo yo ahora que este cuadro tan sencillo y bello, fue como lo que nos decía la madre buena: "Que hay experiencias en la vida que aun siendo sueño, son tan intensas y dejan tan sutil acento, que superan a la realidad más exacta de cualquier otro momento".

*** Se me detiene y descansa el recuerdo en la conocida cueva que las rocas modelaron y en el hueco frío y paredes negras del humo de las lumbres, nos va arropando la noche mientras en la tierra la madre, el padre y el hermano bueno, extienden sus pieles de ovejas y se van acurrucando al calor del apetecido sueño.**

Fuera, tierra llana y áspera por donde crece la hierba, se amontonan las ovejas, ladra el perro y por entre los espacios del viento, brillan las estrellas, compañeras del padre que antes de dormir dice desde su sueño:
- En cuanto amanezca, nos ponemos en camino a ver si al caer la noche ya estamos en aquellas tierras y a ver si este año tenemos suerte y vendemos bien los borregos.

Y acurrucados los tres en la estrecha cueva, nos vamos durmiendo en el consuelo de lo que padre sueña y por eso quizá ahora, a pasar frente al agujero que aquella noche y otras nos protegió de la mejor manera, se me detiene y descansa el recuerdo como si todavía fuera presente el momento exacto de aquel sueño con su amable espera.

* **Hay vivencias que se agarran al alma con tal fuerza que aunque pase el tiempo, no sólo no se marchitan sino que resurgen cada día con el vigor y belleza de lo eterno.**

Y lo digo, porque aquel día, al poco de salir el sol, con la hermana que en mi sangre es princesa, fuimos y a la tinada abrimos la puerta y al instante los marranos se esturrearon por la gran ladera, se perdieron por el barranco y unas horas más tarde, siguiendo la senda, traspusieron por el cerro y se quedó el campo en la placidez de una gran espera.

Pero cuando caía la tarde, con la hermana bella, subí por el repecho de las encinas viejas y mientras íbamos jugando, cómo se me clavó en el alma la dulce escena y al coronar y ver el barranco y por el río a nuestros marranos, cómo se me hizo esencia aquel cuadro inmenso de los charcos y los fresnos y el río con sus

curvas y por allí, los marranos y la hierba y sobre el cerro donde se juntan y dividen las veredas, yo con la hermana frente al infinito y la inmensa sierra.

Por eso decía que en la vida hay vivencias que se hacen fuentes en el alma y ahí manan ellas dulces y amorosas en chorros de eternidad y aunque pase el tiempo, no se secan nunca sino que se avivan y renuevan y cada día y, en las noches de vigilia, palpitan con más fuerza.

* **El otoño se hizo presente y al poco, las negras nubes cubrieron el cielo, las finas lluvias regaron los campos y antes de que llegaran los fríos del invierno, limpia y densa brotó la hierba y en los rodales de tierra buena, el trigo, la cebada y el centeno y así fue como las tierras llanas de la gran llanura, de verde y vida otra vez se vistieron.**

Y estaba ya el invierno un poco avanzado cuando se hicieron presentes los fríos y con ellos, los vientos y las nieves blancas y por las noches, en los charcos de las fuentes y las cañadas, crujieron los hielos y luego brilló la luna de los primeros días del mes de enero y cuando se intuía, pero no del todo se esperaba, volvieron a cubrirse de nubes los azules cielos.

Aquella noche se durmió en calma y cuando todo estaba en su más hondo silencio, los copos blancos revolotearon y ayudados por el viento, mudos y fríos iban cubriendo los caminos, las fuentes, los calares y las cañadas y al amanecer de aquel día, los campos estaban tan blancos, que no se veían ni sementeras ni enebros ni retamas ni tinadas ni ovejas.

Y el otoño que había llegado tan generoso, de pronto se hundió en el seno de la más grande de las nevadas y en el más crudo de los inviernos y hoy, desde la distancia y la triste pérdida, refugiado en la luz que llega, lo gusto, desconsolado y amargo, en mi recuerdo.

* **El cuadro era de excepción y para que no se pierda, lo pongo aquí: con los hermanos, aquel día, bajé por la senda y en el rincón de las encinas viejas, nos quedamos. Por la tierra estaban las ruinas del cortijo y en el paladar del alma, la imagen de la madre buena sentada junto al fuego.**

- ¿Has venido?
Me pregunta ella.
- He venido y qué consuelo estar contigo.
- Pues no te quedes mucho por si se te hace de noche y luego no ves la vereda.
- Pero si no quiero irme.
- ¿Y quién cuida de los marranos y las ovejas?

Y sin querer irme, salgo del cortijo y me acerco a la chiquera. Veo que la piara, por su cuenta, se ha escapado del corral y por el arroyo arriba, se ha ido hacia la profunda sierra. "¿Qué hago yo, sin querer irme de ella y con los marranos perdidos por el monte?".

Y el momento extraño, que es más alma que tierra, se me clava en la eternidad y hoy, cuando con los míos vuelvo, lloro y sufro y gozo frente a la tierra y el recuerdo con su ausencia. Por eso decía y repito que el cuadro era de excepción y yo dentro hecho vida sin carne y dulce tristeza.

*** Está la mañana limpia y por la ancha sierra, la luz del sol baña, vistiendo de transparencias, las hojas que en los frenos tiemblan y cada gota de rocío, junto con los mil chorrillos de agua, que mana de la dulce sierra.**

Y está la madre con la niña, frente al valle, sentada sobre la piedra y desde ellas para el lado del sol de la mañana, las cabras comiendo su hierba, llenando plácidamente a la inclinada ladera y yendo de majoleto a majoleto, por los lentiscos y las hiedras.

Y la niña que es primavera y, todavía amapola acurrucada junto a la madre buena, al ver el panorama de sus cabras, la amable tierra, el collado tapizado de verde y el agua limpia que es esencia, pregunta:
- El azul del cielo que con las nubes juega ¿quién lo pintó tan bonito en este día que de nuevo llega?
Y la sencilla madre:
- La cara azul de este cielo y el cristal de la escarcha que en la cascada cuelga, es obra del artista que dio forma y puso antorchas en las estrellas.

Y la hija de la serrana, que es real princesa donde los ruiseñores cantan y los romeros cuelgan por las peñas:
- Madre ¿y lo de aquella pastora que tú me decías, nació vivió y en estas tierras?
Y la reina enamorada, no sólo del aire que respira y del corazón que a su lado sueña, sino hasta de la luz limpia que la mañana lleva, amorosamente habla y sin querer, enseña:

* **El día aquel, parecía el más bello de todos los días que se han paseado por estas sierras. Era por la mañana y al asomar por la senda, vi a las ovejas pastando por la solana de la derecha, el río cruzando por su centro y en la ribera, bajo los fresnos y en el chozo, a la madre con su hija y al perro con ellas.**

Y así que me acerqué, le pregunté y me dijo:
- ¡Ven y verás!
Y la seguí pisando la hierba y al salir, frente vi el borbotón del agua cristalina manando de la tierra y luego al chorro saltando y al charco remansado entre las piedras. Y como me quedé sin palabras, sólo dije:
- Hermana bella, tanta agua y tan limpia y también fresca ¿de dónde viene y a dónde va y tú con ella?

Y la noche que avanza *y en lo hondo del valle, sólo de vez en cuando se oyen los balidos de las ovejas y los ladridos de los cuatro perros perdidos en la aldea y, como entre los suyos, la niña se duerme, la mira la abuela y besando su cara temblorosa le dice:*
- Ayer me dijiste que querías saber la historia que esta noche y, en aquellos tiempos, ocurrió en Belén de Judea.
Y la niña que mira:
- Cuéntamela mientras el sueño me lleva.
Y la abuela:
- Me has preguntado ya cien veces que cómo nació el Niño y que si era bonito y en aquella noche de los pastores con la estrella y los ángeles cantando el gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad y los reyes magos con sus regalos por las veredas...
Y otra vez la niña:
- Esto es lo que te he preguntado, abuela.

- Pues estando la hermana viviendo en su cortijo de cal y piedra, sucedió que una noche de frío larga y cuando la oscuridad era más grande y la nieve caía espesa, se le cumplió el tiempo y estando las vacas de labor y mulos y burros que se tenían para el trabajo del campo y los cerdos para las matanzas y gallinas con sus gallos despertadores y cabras y ovejas, recogidos en sus establos y tinadas y estando los hombres reunidos alrededor de las lumbres en sus humildes rincones de barro y tierra, acudieron las mujeres, en su ayuda, en aquella noche de oscura niebla.

Y estando el campo lleno de rocío y en silencio las sendas y los demás serranos en sus cortijos y la sierra entera, como dormida y con el alma abierta o como agazapada en la gran espera, le llegó la hora a la hermana bella y en el cuartucho de la humilde casa y toda rodeada y ayudada por las pastoras de la ancha sierra, en la estrechez del cortijo y entre los montes y sin médicos ni parteras, en aquella noche perdida y de amor tremenda en los corazones de los hombres de voluntad buena, la hermana joven dio a luz una hermosa nena y como los otros niños estaban en las casas esperando que las mujeres anunciaran la buena nueva y los pastorcicos, pues si en la sierra todos eran pastores y labradores y aserradores y carpinteros de mil maderas y sobre las cumbres del azul lejano y la blanca nieve, relucían estrellas que eran candiles de aceite y antorchas de teas de los cortijos vecinos y de los serranos junto a sus pegueras que se anunciaban unos a otros la buena nueva y cuando ya nació la criatura, las mujeres mayores salieron de la casa y decían contentas:
- Tenemos una niña más en el valle y la sierra.
Y los niños que se calientan en la lumbre y en su juego y espera, al oír la noticia exclaman, en gozo y sorpresa:
- ¡Qué bien que nazca otra niña porque así mañana, podremos jugar con ella?

Y la anciana que guarda silencio porque es media noche y en la iglesia de la humilde aldea, suenan las campanas llamando a la misa de la Nochebuena y la niña que llena de sueño se acurruca en la cuna de los brazos de la reina abuela, que la mira primorosa y le dice, entre duermevelas:
- Pero abuela ¿aquello ocurrió en Belén o fue de verdad y en esta tierra nuestra?

Y cuando la niña ya se duerme, más que agotada satisfecha, la abuela se acerca y al oído le susurra mudamente:
- La oración que tú querías oír me la enseñó mi madre y a lo largo de la vida la he rezado mil veces y ahora que nadie nos oye y, mientras el sueño te va liando en sus sedas, te la voy a recitar despacico para que la oigas y la aprendas:

* **Al rozar hoy el rincón y mirar por la ladera, veo el monte cubriéndola, las rocas grandes y las encinas viejas y, por donde la pendiente era más fuerte, no veo, pero adivino desde la ausencia, a la madre doblada en la tierra y con su excavillo en las manos, escardando la sementera.**

- Baja a la fuente y te traes un cántaro de agua fresca y luego te vas por donde crecen los robles y procura que las ovejas, no se coman los garbanzos ni las otras siembras.

Me dijo aquella última tarde y yo, siguiendo fiel lo que desde el amor me aconseja, me voy por el rincón amado y mientras bebo del viento que acaricia y mudo juega, me voy diciendo: “Dios mío ¿por qué mañana, eterno, será invierno lo que ahora es tan dulce primavera?”.

*** Todavía un poco más, se alimenta el corazón**
no sólo con la sangre que lo riega
sino con la imagen de aquel tiempo,
hierba eterna en el recuerdo,
que da fuerza junto a la espera
y da, además, calor que se convierte en consuelo.

Y lo digo fijo en el cuadro de la noche aquella,
en el rincón del cortijo y mientras el padre bueno,
la madre santa, la hermana bella
y el hermano noble, se recogen formando piña
con la familia y al calor de las llamas que regala el fuego.

Fuera y por la llanura que es espejo,
la corriente del arroyo, las encinas viejas,
la fuente en el mismo centro
y más arriba, las laderas con el monte espeso
por donde la lluvia cae mansa y sin notarlo,
pasa el viento
y ululan los cárabos por los álamos del huerto.

Y por eso decía,
que todavía y un poco más,
vive y late el corazón
con el alimento del recuerdo
de aquella noche serena
junto al padre bueno
y el rumor de la lluvia afuera y, dentro,
en el rincón del cortijo,
el consuelo de la unión frente al fuego
y el abrazo de Dios que amoroso,
sostiene y premia con su beso.
Todavía un poco más,
se alimenta y vive el corazón
entre la espera y el sueño.

La fragancia eterna

Cuando ya el sol brilla casi en la mitad del cielo, entramos por las calles del pequeño pueblo y como la mañana y al momento se le siente suspendido esperando su llegada, en la puerta la madre lo saluda y lo besa y luego nos vamos al huerto que es donde ella anda trabajando y durante un rato más, regamos las tierras con el agua fresca y clara que viene de la fuente y ya que medio me he empapado, en unión del suelo, del perfume sobre el que ellos tienen montados sus sueños y sus luchas, rincón humilde, pero grandioso de los hermanos buenos, regreso.

Surco el valle que lleva al reino de las tierras profundas que son llanuras por las soledades de los pinos gruesos y las rocas que como granadas se abren y remonto a la vertiente por donde surgen los veneros del río blanco y en cuanto ya estoy otra vez en el reino del silencio que atraviesa la corriente clara, rozando las paredes de las cuatro casas y por eso es espejo de ellos plenos y de las ovejas que en la riveras pacen y las gallinas y los perros, nos ponemos en camino y en el otro rincón sereno que se recoge entre las blancas casas del pueblo bello y tiembla al borde del río que salta alegre y corre en su empeño, ya tenemos lo que el pastor tanto sueña y anuncia desde lo más sincero:

- He aquí las mesas preparadas y el cordero asado y el aire, ya lo están notando: oliendo a gloria bendita y a salsa de tomillo y romero, así que a sentarse y comer que hoy soy yo el que quiere y quiero tener el gusto de invitarles.

Y ahora recuerdo, como recuerdo tantos otros muchos momentos y sueños de estas sierras amadas, que aquel día fue más que grandioso, destello de fina sonrisa porque lo que más se celebraba allí era el sincero encuentro de un grupo de hermanos serranos que ofrecían, como en tantos otros momentos, lo mejor de su trabajo junto con lo más puro de sus corazones, a otro grupo de amigos que venían de fuera para que comprendieran y se empaparan algo más, del calor que mana de esta tierra junto con el amor que llevan dentro, las personas que las pueblan en los momentos de mañanas calladas y de las horas inciertas de primaveras preñadas.

Y luego, la excursión que no fue tal y el encuentro que sí fue sincero, alrededor del plato exquisito y adornado con esmero, con el día se fue terminando, pero como todas las cosas limpias que tocan y vienen de ellos, quedó temblando en la luz de las montañas excelsas que rodean al río al nacer y en los cientos de tallos de la hierba que pisan y no pisan y el azul del cielo, abrazados con sus corazones en la transparencia inmaculada que les hace eternidad en forma de dulzor inmenso.

Y claro que aquello no fue sólo una comida para alimentar al cuerpo, sino también un gran banquete que sació a la inmortal alma con la fragancia de un beso y de aquí que cuando ya regresaba, me dije, para mí sólo y desde la caricia del viento:

“¡Qué hermanos, estos serranos,
con tan gran tesoro dentro
que hoy, he creído que soñaba
lo que ahora mismo creo, es sueño!
Así, que gracias por vuestra amistad
y que Dios os lo pague triplicado
cuando, llegue el gran momento”.